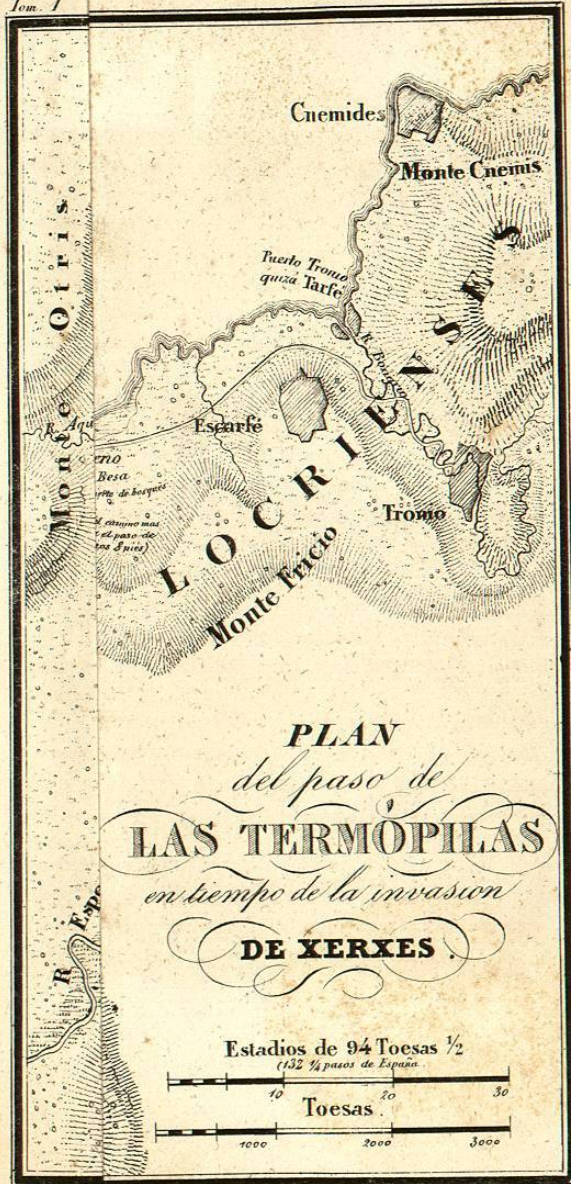


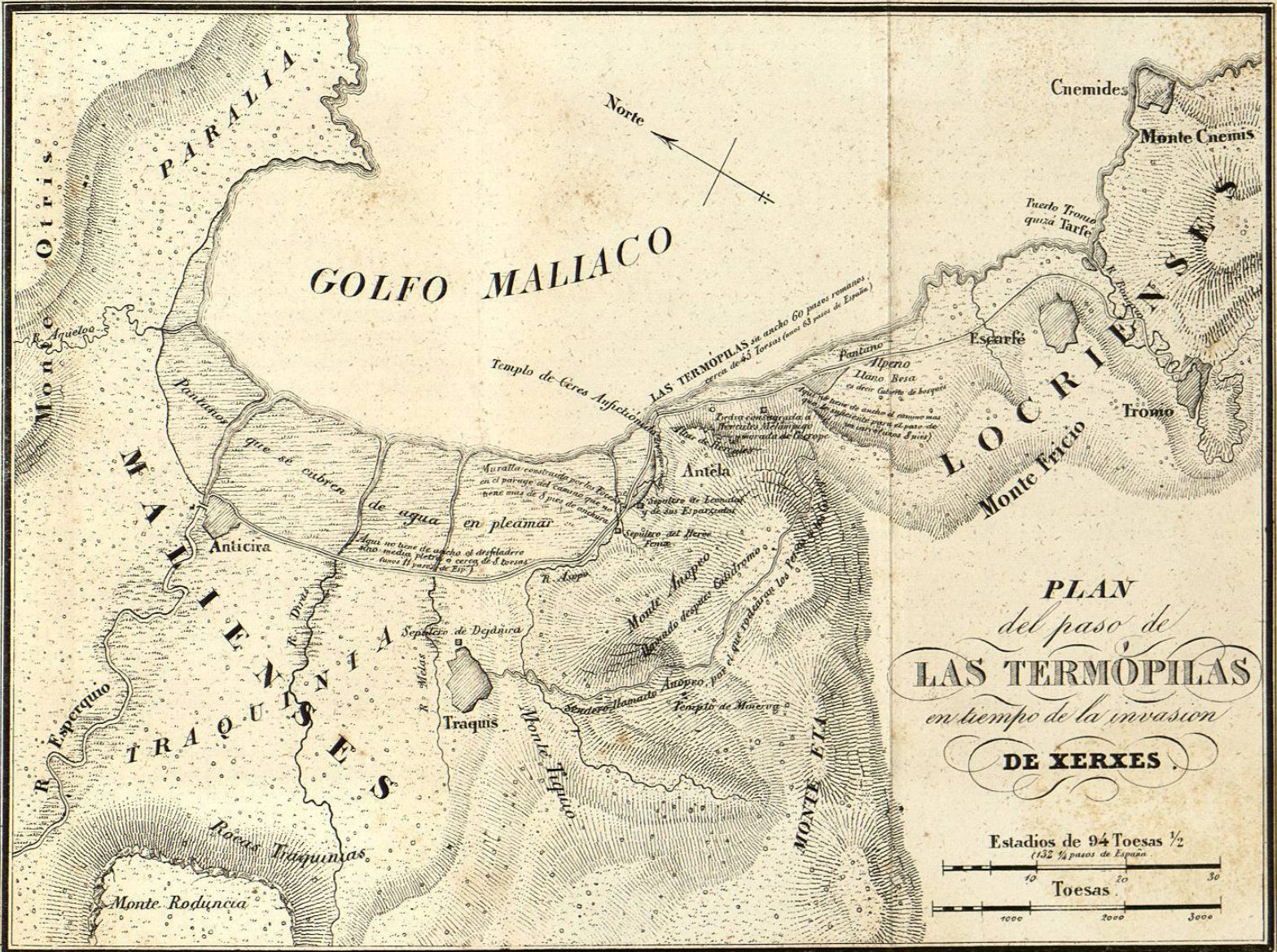
« detener al enemigo ; pero son demasiados pa-
 « ra el objeto que se proponen. — ¿Cuál es
 « pues este objeto ? preguntaron los éforos. —
 « Nuestra obligacion , respondió , es defender
 « el paso , y nuestra resolucion morir allí. Tres-
 « cientas víctimas bastan para honor de Esparta.
 « Se perderia sin recurso , si me confiase todos
 « sus guerreros ; porque no presumo que se
 « atreviese á huir ni uno solo de ellos. »

Algunos dias despues se vió en Lacedemonia
 un espectáculo que no se puede recordar sin
 espanto. Los compañeros de Leonidas honraron
 de antemano su muerte y la propia con un
 combate fúnebre , al cual asistieron sus padres
 y sus madres. Concluida esta ceremonia , salie-
 ron de la ciudad seguidos de sus parientes y
 amigos , de quienes recibieron los adioses eter-
 nos ; y allí fué donde habiendo preguntado la
 muger de Leonidas á este guerrero , cuál era
 su última voluntad , respondió : « yo te deseo
 « un esposo digno de tí , é hijos que se le pa-
 « rezcan. »

COMBATE DE LAS TERMOPILAS.

Apresuraba Leonidas su marcha , y con su
 ejemplo queria sostener en sus deberes á mu-
 chas ciudades próximas á declararse por los





GOLFO MALIACO



PLAN
del paso de
LAS TERMOPILAS
en tiempo de la invasion
DE XERXES



Persas: pasó por las tierras de los Tebanos, cuya fidelidad era sospechosa, quienes sin embargo le dieron cuatrocientos hombres, con los cuales se fué á acampar á las Termópilas.

Luego llegaron sucesivamente mil soldados de Tegea y de Mantinea, ciento y veinte de Orcomena, mil de las otras ciudades de Arcadia, cuatrocientos de Corinto, doscientos de Flionte, ochenta de Micenas, setecientos de Tespis, mil de la Fócide, y la pequeña nacion de los Locrienses fué al campo con todas sus fuerzas.

Este destacamento, que ascendia á siete mil hombres poco mas ó menos*, debia ser seguido

* Voy á presentar á los ojos del lector los cálculos de Heródoto, lib. VII, cap. cch: los de Pausanias, lib. X, cap. xx, p. 845; y los de Diodoro, lib. II, p. 4.

SEGUN HERODOTO.		SEGUN PAUSANIAS.		SEGUN DIODORO.	
<i>Tropas del Peloponeso.</i>					
Esparciatas	300	Esparciatas	300	Esparciatas	300
Tegeates	500	Tegeates	500	Lacedemonios	700
Mantineenses	500	Mantineenses	500		
Orcomenienses	120	Orcomenienses	120		
Arcadios	4000	Arcadios	4000		
Corintios	400	Corintios	400		
Fliontenses	200	Fliontenses	200	Otras naciones del Peloponeso	3000
Micenienses	80	Micenienses	80		
TOTAL	3100	TOTAL	3100	TOTAL	4000
<i>Otras naciones de la Grecia.</i>					
Tespienses	700	Tespienses	700	Milesenses	1000
Tebanos	400	Tebanos	400	Tebanos	400
Focenses	1000	Focenses	1000	Focenses	1000
Locrienses-Opon- tenses		Locrienses	6000	Locrienses	1000
TOTAL	5200	TOTAL	41200	TOTAL	7400

Asi que, las ciudades del Peloponeso, segun Heródoto, con-

por el ejército griego. Los Lacedemonios estaban ocupados en celebrar una fiesta: los otros

tribuyeron con tres mil y cien soldados, los Tespienses con setecientos, los Tebanos con cuatrocientos, y los Focenses con mil: total, cinco mil y doscientos, sin contar á los Locrienses - Oponienses, que marcharon en masa.

Pausanias sigue el cálculo de Heródoto en cuanto á las otras naciones, y conjetura que los Locrienses eran seis mil; lo que hace un total de once mil y doscientos hombres.

Segun Diodoro, Leonidas fué al paso de las Termópilas al frente de cuatro mil hombres, entre los cuales trescientos eran esparciatas, y setecientos lacedemonios. Añade, que este cuerpo fué reforzado luego con mil milesienses, cuatrocientos tebanos, mil locrienses, y un número casi igual de focenses: total, siete mil y cuatrocientos hombres. Por otro lado Justino y otros autores dicen, que Leonidas no tenia más que cuatro mil hombres.

Acaso desaparecerian estas incertidumbres, si tuviéramos todas las inscripciones grabadas despues de la batalla sobre cinco columnas, levantadas en las Termópilas. Todavía tenemos la del adivino Megistias; pero no nos da ninguna luz. Las otras se habian consagrado á los soldados de las diversas naciones. En la de los Esparciatas se dice que eran trescientos; y en otra se anuncia que cuatro mil soldados del Peloponeso habian combatido contra tres millones de Persas. La de los Locrienses la cita Estrabon; pero no dice su contenido, y debia hallarse en ella el número de soldados. No tenemos la última, que sin duda era para los Tespienses; porque no podia tocar ni á los Focenses, que no combatieron, ni á los Tebanos que eran del partido de Xerxes cuando se erigieron estos monumentos.

Véanse aquí ahora algunas reflexiones para conciliar los cálculos precedentes.

1º Es claro que Justino se refiere solamente á la inscripcion hecha en honor de los pueblos del Peloponeso, cuando no ha dado á Leonidas mas que cuatro mil hombres.

aliados se preparaban para la solemnidad de los juegos olímpicos, y unos y otros creian que

2º Heródoto no señalaba el número de locrienses. Pausanias no se funda sino en una conjetura leve para poner seis mil. Desde luego se le puede oponer á Estrabon, que dice positivamente, que Leonidas no habia recibido de los pueblos vecinos mas que un corto número de soldados: despues á Diodoro de Sicilia; que en su cálculo no admite mas que mil locrienses.

3º Diodoro omite á los tespienses en la enumeracion de las tropas; aunque hace mencion de ellos en el curso de su narracion. En lugar de los tespienses cuenta mil milesienses. No se conoce en el continente de Grecia un pueblo que haya tenido este nombre. Paulmier ha pensado que se debia susstituir el nombre de malienses al de milesienses. Estos malienses se habian sometido desde luego á Xerxes; y como saldria de ojo verlos reunidos con los Griegos, supone Paulmier, segun un pasaje de Heródoto, que no se declararon abiertamente por los Persas, hasta despues del combate de las Termópilas. Sin embargo, ¿es de presumir que habitando en un pais abierto, se hubiesen atrevido á tomar las armas contra una nacion poderosa, á la que habian jurado obedecer? Mucho mas verosimil es que en el combate de las Termópilas no dieron auxilio ni á los Griegos ni á los Persas; y que despues de él, juntasen algunas naves á la armada de los últimos. De cualquiera manera que se haya introducido el yerro en el texto de Diodoro, yo me inclino á creer, que en lugar de mil milesienses, se debe leer setecientos tespienses.

4º Diodoro junta setecientos lacedemonios á los trescientos esparciatas; y su testimonio se halla claramente confirmado por el de Isócrates. Heródoto nada dice, quizá porque no salieron hasta despues de Leonidas. Yo creo que se le debe admitir, porque ademas de la autoridad de Diodoro y de Isócrates, los esparciatas no salian sin que los acompañase un cuerpo de lacedemonios. Ademas, es cierto que los del Peloponeso dieron cuatro mil hombres: este número estaba claramente expresado en la inscripcion

Xerxes estaba todavía lejos de las Termópilas.

Este paso es el único camino por donde puede un ejército entrar de Tesalia á la Lócride, la Fócide, la Beocia, la Atica, y las regiones ve-

puesta sobre su sepulcro; y sin embargo Heródoto no cuenta mas que tres mil y ciento, porque no ha creído deber hacer mencion de los setecientos lacedemonios, que según apariencias, vinieron á las Termópilas á juntarse con Leonidas.

Segun estas notas, demos un resultado. Heródoto hace subir el número de combatientes á cinco mil y doscientos. Añadamos por una parte setecientos lacedemonios, y por otra los locrienses, cuyo número no ha especificado; y que Diodoro no hace subir mas que á mil, tendremos seis mil y novecientos hombres.

Pausanias cuenta once mil y doscientos hombres. Añadamos los setecientos lacedemonios que omitió, á imitacion de Heródoto, y tendremos once mil y novecientos hombres. Reduzcamos con Diodoro á mil los seis mil locrienses, y tendremos de total seis mil y novecientos hombres.

El cálculo de Diodoro nos da siete mil y cuatrocientos hombres. Si mudamos los mil milesienses en setecientos tespenses, tendremos siete mil y cien hombres. Asi, se puede decir en general, que Leonidas tenia consigo cerca de siete mil hombres.

De Heródoto se deduce, que los esparciatas estaban acompañados de lilotas, según costumbre. Los autores antiguos no los han comprendido en sus cálculos: acaso no pasaban del número de trescientos.

Cuando Leonidas supo que iba á ser cercado, envió la mayor parte de sus tropas á repasar el estrecho: no dejó mas que los esparciatas, tespenses y tebanos, que hacían un frente ó fondo de mil y cuatrocientos hombres; pero la mayor parte habia perecido en los primeros ataques; y si creemos á Diodoro, Leonidas no tenia mas que quinientos soldados cuando tomó el partido de atacar el campo de los Persas.

cinas. Es preciso dar aquí una descripción sucinta*.

Saliendo de la Fócide para ir á Tesalia, se pasa por el pequeño país de los Locrienses, y se llega al lugar de Alpeno, situado en la orilla del mar. Como está á la entrada del estrecho, se ha fortificado en estos últimos tiempos.

El camino no tiene desde el principio mas anchura que la necesaria para el paso de un carro: se prolonga despues entre pantanos formados por las aguas del mar, y unas rocas casi inaccesibles, que terminan la cadena de montañas conocidas con el nombre de Eta.

No bien se ha salido de Alpeno, cuando se halla á la izquierda una piedra consagrada á Hércules Melampigo; y aquí es donde viene á salir un sendero que llega á lo alto de la montaña, del cual hablaré pronto.

Mas lejos se pasa un arroyo de agua caliente, que ha hecho dar á este sitio el nombre de Termópilas.

Luego despues está el pueblo de Antela: en la planicie que le cerca, se distingue una pequeña colina, y un templo de Ceres, donde les anfictiones tienen todos los años una de sus juntas.

Al salir de la llanura se encuentra un camino,

* Véase el plan del paso de las Termópilas.

ó mas bien una calzada, que no tiene mas de siete ú ocho pies de anchura. Este punto es digno de notarse. Los Focenses construyeron alli en otro tiempo una muralla para librarse de las invasiones de los de Tesalia.

Despues de pasar el Fenix, cuyas aguas se mezclan con las del Asopo, que sale de un valle cercano, se halla el último desfiladero, cuya anchura es de media pletra*.

El camino se ensancha despues hasta la Traquinia, que toma su nombre de la ciudad de Traquis, habitada por los Malienses. Este pais ofrece grandes llanuras bañadas por el Esperquio y por otros rios. Al este de Traquis está ahora la ciudad de Heraclea, que no existia en tiempo de Xerxes.

Todo el estrecho desde el desfiladero que está mas adelante de Alpeno hasta el que se encuentra al otro lado del Fenix, puede tener cuarenta y ocho estadios de longitud**. Su anchura varia á cada paso; mas en todo él hay por un lado rocas escarpadas, y por otro el mar, ó pantanos impenetrables: el camino está muchas veces destruido por los torrentes, ó por las aguas estancadas.

Leonidas puso su ejército cerca de Antela,

* Siete á ocho toesas.

** Cerca de dos eguas.

reedificó el muro de los Focenses, y adelantó algunas tropas para defender las cercanias. Mas no bastaba guardar el paso que está al pie de la montaña. Habia sobre esta un sendero que empezaba en la llanura de Traquis, y que despues de varios rodeos terminaba cerca del lugar de Alpeno. Leonidas confió su defensa á los mil Focenses que tenia consigo, y que fueron á situarse sobre las alturas del monte Eta.

Apenas estaban tomadas estas disposiciones, cuando se vió el ejército de Xerxes derramarse en la Traquinia, y cubrir la llanura con un número infinito de tiendas. Al ver esto los Griegos, trataron sobre el partido que debian tomar. Los mas de los gefes proponian la retirada al istmo; pero Leonidas desechando este parecer, se contentó con hacer partir correos para acelerar los socorros de las ciudades aliadas.

En este tiempo se dejó ver un caballero persa, enviado por Xerxes á reconocer los enemigos. El puesto avanzado de los Griegos estaba compuesto de esparciatas aquel dia: unos se ejercitaban en la lucha; otros peinaban sus cabellos, porque su primer cuidado en semejantes peligros es adornar sus cabezas. El caballero tuvo todo el tiempo que quiso para acercarse, contarlos, y retirarse, sin que se dignasen hacer caso de él. Como el muro le encubria la vista del resto del ejército, no dió parte á Xerxes mas

que de trescientos hombres que habia visto á la entrada del desfiladero.

Atónito el rey de la tranquilidad de los Lacedemonios, esperó algunos días para darles lugar á la reflexion. Al quinto escribió á Leonidas: «si quieres someterte, te daré el imperio de la Grecia. — Leonidas respondió: quiero mas morir por mi patria, que esclavizarla.» Una segunda carta del rey no contenia mas que estas palabras: «Entrégame tus armas. — Leonidas puso debajo: Ven tú á tomarlas.»

Xerxes, furioso de cólera, hizo marchar á los Medos y Cisios, con orden de coger vivos á aquellos hombres, y llevárselos al momento. Algunos soldados fueron corriendo á Leonidas, y le dijeron: «Los Persas están cerca de nosotros. — El les respondió friamente: Mejor diceis que nosotros estamos cerca de ellos.» Inmediatamente salió del retrincheramiento con lo escogido de sus tropas, y dió la señal del combate. Los Medos avanzan con furor: sus primeras filas caen traspasadas de heridas; y las que las reemplazan experimentan la misma suerte. Los Griegos, apretados unos con otros, y cubiertos con grandes escudos, presentaban un frente erizado con largas picas. En vano se suceden unas tropas á otras para romperlos. Despues de muchos ataques infructuosos, se apodera el miedo de los Medos: huyen, y los

releva el cuerpo de los diez mil Inmortales que mandaba Hidarnes. El combate se hizo entonces mas sangriento. El valor era quizá igual por ambas partes; pero los Griegos tenian en su favor la ventaja del sitio, y la superioridad de las armas. Las lanzas de los Persas eran muy cortas, y muy pequeños sus escudos. Perdieron mucha gente, y Xerxes, testigo de su fuga, se arrojó, dicen, mas de una vez de su trono, y temió perder su ejército.

A la mañana siguiente se empeñó de nuevo el combate; pero con tan mal éxito por parte de los Persas, que Xerxes perdía ya la esperanza de forzar el paso. La inquietud y la afrenta agitaban su alma orgullosa y pusilánime, cuando un habitante del pais, llamado Epialtes, vino á descubrirle el sendero fatal, por el que podia rodear á los Griegos. Arrebatado Xerxes de alegría, destacó luego á Hidarnes con el cuerpo de los Inmortales, sirviéndoles Epialtes de guia. Parten al anochecer: penetran el bosque de encinas que cubren las laderas de aquellas montañas, y llegan hácia los sitios donde Leonidas habia puesto un destacamento de su ejército.

Hidarnes le creyó un cuerpo de esparciatas; pero consolado por Epialtes, que reconoció á los Focenses, se preparaba al combate, cuando vió que estos últimos, despues de una corta de-

fensa, se refugiaban á las montañas vecinas; y así continuó su marcha.

Leonidas habia sabido por la noche su proyecto por los desertores del campo de Xerxes; y al dia siguiente muy temprano supo el buen éxito por las centinelas venidas de lo alto de la montaña. A esta terrible nueva se juntaron los gefes de los Griegos; y como los unos fuesen de parecer que se alejasen de las Termópilas, y otros de permanecer allí, Leonidas los suplicó que se reservasen para mejor tiempo; y declaró, que por lo que tocaba á él y á sus compañeros, no les era permitido dejar un puesto que Esparta les habia confiado. Los Tespienses juraron no abandonar á los Esparciatas: los cuatrocientos Tebanos tomaron el mismo partido, fuese por voluntad, ó por fuerza; y el resto del ejército tuvo tiempo para salir del desfiladero.

Entre tanto se disponia Leonidas á la empresa mas atrevida. «No es aquí, dijo á sus compañeros, no es aquí donde debemos combatir: es preciso marchar á la tienda de Xerxes, quitarle la vida, ó perecer en medio de su campo.» Sus soldados no dieron mas respuesta que un grito de alegría. Hizo que tomasen una comida frugal, añadiendo: «bien pronto tomaremos otra con Pluton.» Todas sus palabras hacian una profunda impresion en los ánimos. Próximo ya á atacar al enemigo, se conmo-

vió por la suerte de dos esparciatas parientes y amigos suyos, y dió al primero una carta, y al segundo una comision secreta para los magistrados de Lacedemonia. «No estamos aquí, le dicen ambos, para llevar órdenes, sino para «pelear;» y sin aguardar respuesta se fueron á colocar en las filas que les estaban señaladas.

A la media noche salen del desfiladero los Griegos, y Leonidas á su frente: avanzan en la llanura á pasos redoblados, arrojan los puestos avanzados, y penetran hasta la tienda de Xerxes, que habia huido ya: entran en las tiendas inmediatas, se derraman por el campamento, y se hartan de carniceria. Reprodúcese á cada paso, á cada instante el terror que inspiran, con las circunstancias mas espantosas. Rumores sordos, gritos terribles anuncian que las tropas de Hidarnes estaban derrotadas; y que todo el ejército lo seria luego por las fuerzas reunidas de la Grecia. No pudiendo los mas valientes de los Persas oír á sus generales, no sabiendo á donde dirigir sus pasos y sus golpes, se arrojan al acaso en el monton, mueren los unos á manos de los otros, cuando los primeros rayos del sol manifiestan á sus ojos el corto número de vencedores. Se forman luego, y atacan á los Griegos por todas partes. Cae Leonidas bajo una lluvia de dardos. El honor de recoger su cuerpo empeña un combate sangriento entre sus compañeros, y los